



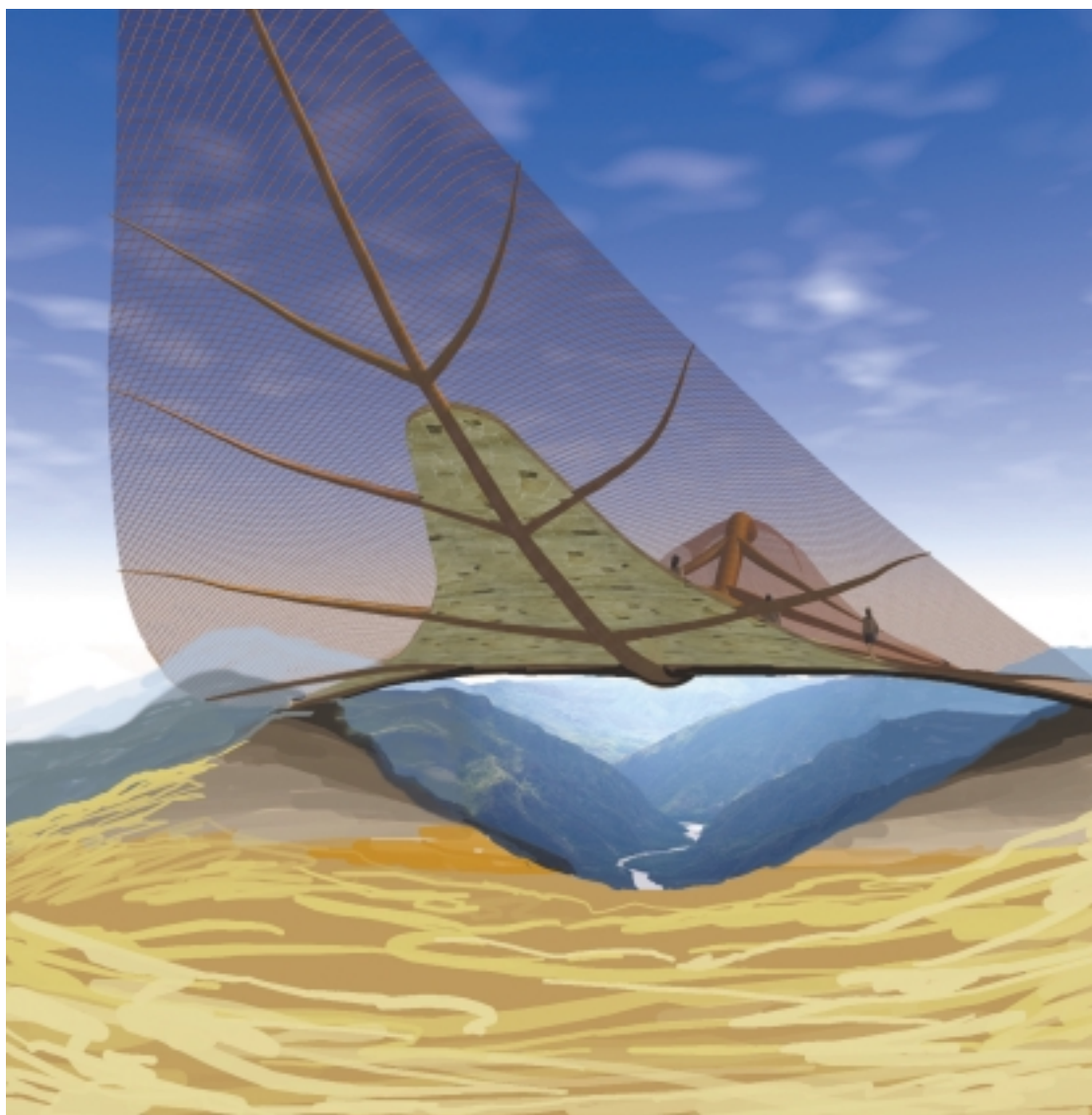
El 17 de agosto de 1989, un día antes del asesinato de Luis Carlos Galán en la plaza de Soacha, el historiador Germán Arciniegas le expuso al escultor Luis Guillermo Vallejo su sueño de levantar en Bogotá un monumento conmemorativo del movimiento de los Comuneros del Socorro. Desde ese momento, y guiado por el relato historiográfico del propio Arciniegas, este artista comenzó a bosquejar la forma que podría tener ese monumento. Más de una década después, conoció por casualidad a los hermanos Carlos y Leonidas Gómez, quienes con otras personas integraban la asociación llamada “Socorranos en Acción”. De las conversaciones que sostuvieron fue resurgiendo la idea de levantar el proyecto en el municipio del Socorro, sitio de origen de ese movimiento social de 1781. Una ronda de consultas con funcionarios públicos y empresarios, cálculos de presupuestos y la determinación del sitio adecuado –entre Socorro y Oiba– obligaron al escultor a visitar por casi tres años esa población.

Estando en campaña electoral, el coronel Hugo Heliodoro Aguilar Naranjo oyó sobre el proyecto y se interesó por su ejecución. Ya posesionado en su empleo de elección popular, este gobernador viajó a Manizales para conocer el *Monumento a los Colonizadores* que en el cerro de Chipre había erigido el maestro Vallejo. En Bucaramanga, este escultor hizo una presentación del proyecto ante el Gabinete Departamental. Mientras tanto, el gobernador seleccionó el sitio del emplazamiento del monumento: el mirador del cañón del Chicamocha llamado Ventanas, en jurisdicción del municipio de

Aratoca, junto a la carretera nacional que une a Bucaramanga con El Socorro. Aceptada la propuesta artística, fueron perfeccionados los presupuestos y legalizada la inversión pública que asumió la forma de un Parque Natural del Chicamocha, en el que fueron proyectados otros usos comerciales y recreacionales.

El cálculo del conjunto monumental ascendió en ese momento a dos mil millones de pesos, que apenas cubrían los derechos del autor, el moldeado y la fundición de todas las figuras. Tendrían que agregarse otros mil quinientos millones que valdría el emplazamiento de la hoja de tabaco en concreto armado pretensado que soporta, como un paraboloide de 55 metros de largo por 22 de ancho, todas las figuras monumentales. La hoja de tabaco es, además de la base del monumento, una cubierta del “sendero de las hormigas” que correrá por debajo del monumento para permitir a quienes crucen por él una vista del paisaje del cañón. Al mirar hacia arriba, los caminantes verán el envés de la hoja, con sus venas, experimentando la sensación de las hormigas que cruzan por debajo de las hojas. Esta cubierta solamente estará apoyada en sus dos lados extremos a lo ancho, dejando la vena principal a la vista.

Las figuras del conjunto monumental que tienen como base la hoja de tabaco giran alrededor de una sección de esfera con base circular de unos ocho metros que estará situada en el medio sur de la hoja y representativa de “el estallido de la insurrección”. Con estructura de acero y recubierta de piedra, de su superficie salen en contorno 30 astas a manera de “rayos de estallido”, elabo-



La hoja de tabaco es, además de la base del monumento, una cubierta del "sendero de las hormigas" que correrá por debajo del monumento para permitir a quienes crucen por él una vista del paisaje del cañón.

rados en acero inoxidable al carbón, con longitudes variables de 15, 10 y 5 metros lineales, con base circular máxima de 40 centímetros y 10 centímetros en la punta. Anclados a su estructura, los rayos portarán piedras insertadas para producir un efecto de estallido.

En el centro del estallido estará situada la figura en bronce de Manuela Beltrán rompiendo los edictos, cuya escala 1:1,7 la hace la más grande del monumento. En el círculo de la misma esfera la acompañan la figura en bronce de Delgadillo, el niño tamborilero, en escala 1:1,5. Del centro de la esfera de piedra y en forma radial brotan hacia los extremos las nueve figuras en bronce de los principales líderes del movimiento comunero, en escala 1:1,5. Ellos pueden ser Mateo Ardila, Isidro Molina, Lorenzo Alcantuz, Salvador Plata, Ambrosio Pisco, Francisco Rosillo, José Antonio Monsalve, Pedro Alejandro de la Prada y Manuel Ortiz.

Hacia uno de los extremos de la hoja se representan siete figuras masculinas y femeninas que organizan, en círculo, una escena de mercado campesino con sus distintos productos de la tierra. Frente a ellos, y sentado en una silla, la figura de fray Ciriaco de Archila entrega el *Manifiesto del Común*. Hacia el otro extremo se organiza la fila de las figuras que marcharon hacia Santafé, en escala 1:1,5. Son dos grandes bueyes que sostienen una parihuela que sostiene una copa guane, una mula cargada, una pareja de perros y una de cabras, dos hombres, dos mujeres, un niño y una niña. Encabeza esta marcha la figura alegórica de José Antonio Galán, a caballo, que vuela sobre otro equino en procura de su gloria.

Frente a ellos, y enfrentado con altivez la marcha, se erigen dos figuras de bronce en escala 1:1,5. Una es la del arzobispo Antonio Caballero y Góngora, armado de su báculo que se transforma en hacha de la

muerte, sobre el baúl de su legendario tesoro acumulado. La otra es la de Juan Francisco Berbeo, quien sentado en el piso llora su traición al movimiento, apenas cubierta su desnudez por un poncho. El remate del monumento es el marco de siete metros de altura por tres de ancho, con dintel circular, representativo de la puerta de la gloria, por el que entran solamente “las almas de los mártires de la gesta comunera hacia la gloria”, después de haber sido liberados para ella por el patíbulo. Estas 36 figuras, sin la puerta de la gloria, tendrán un peso superior a las cincuenta toneladas.

22

La representación maniquea que opone al “pérfido arzobispo” y a su cómplice, el “traidor Berbeo”, contra Galán el comunero y los mártires, es el centro del relato que brotará del monumento a la santandereanidad que está en ciernes. ¿Qué clase de memoria es ésta?

Serán instalados reflectores de luz concentrada en las bases de cada roca empotrada en las astas, con el fin de producir desde muchos puntos diferentes iluminación directa a cada una de las figuras, para que la urdimbre de luces y sombras produzca el efecto de una multitud.

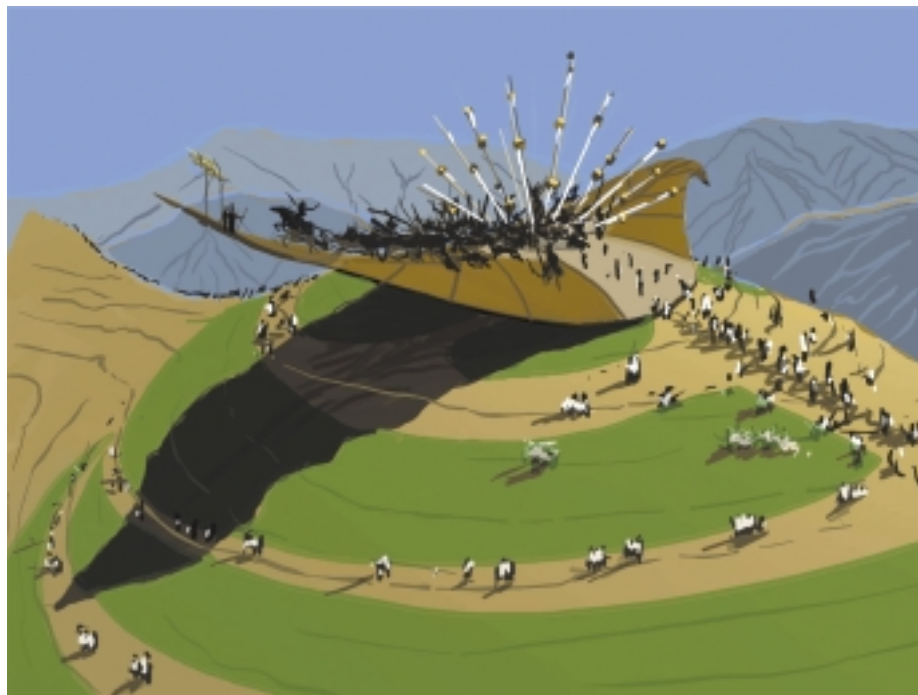
Este *monumento a la santandereanidad* será iluminado por un sistema instalado en las bases de las rocas que expulsan la explosión libertaria, sostenido en unas bases de acero triangular. Las caras del asta triangular en punta producen una superficie plana que se abre desde la punta en lo más alto, a la base esfera de piedra. Cada uno de los lados de estas lanzas piramidales serán espacios de reflejo de chorros de luz que se instalarán en cada una de las rocas para producir el efecto de rayo y velocidad hacia arriba o el impulso de las piedras en la explosión. También serán instalados reflectores de luz concentrada en las bases de cada roca empotrada en las astas, con el fin de producir desde muchos puntos diferentes iluminación directa a



cada una de las figuras, para que la urdimbre de luces y sombras produzca el efecto de una multitud.

El escultor ha querido transmitir un relato de un movimiento social percibido como “orgullosa cuna de nuestra libertad” y “fuente de los valores de la santandereanidad”. Está en su derecho como artista que es, y nadie puede pedirle que cambie la hoja de tabaco por una de cacao, o que cambie las actitudes de las figuras. No sería ya su personal representación artística. Pero su única fuente es la peculiar interpretación historiográfica de Germán Arciniegas¹. No sabe que contra esta interpretación se alzaron Pablo E. Cárdenas Acosta² y John L. Phelan³. Piedra de toque de esta disputa historiográfica⁴ es la calificación de la conducta de Juan Francisco Berbeo, el capitán general de los comuneros. Para Arciniegas, se

El cálculo del conjunto monumental ascendió en ese momento a dos mil millones de pesos, que apenas cubrían los derechos del autor, el moldeado y la fundición de todas las figuras.

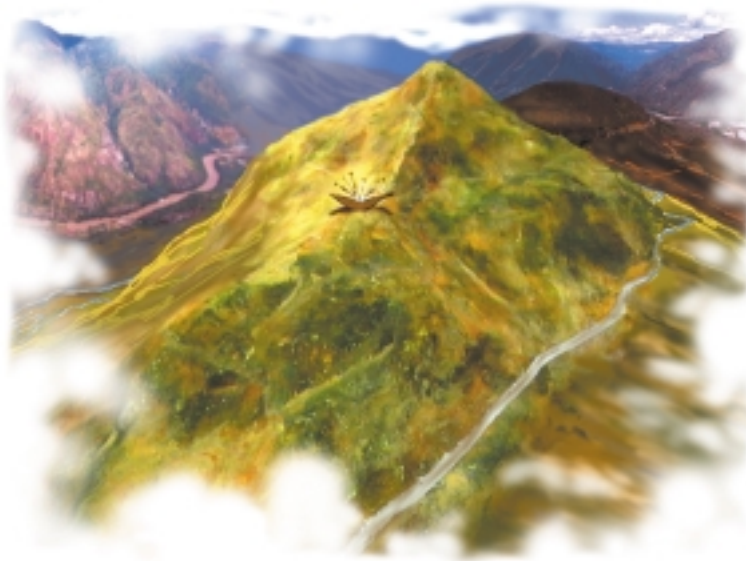


trata de un traidor al movimiento, quien a cambio del empleo de corregidor del Socorro ordenó su desmovilización y la captura de Galán por el capitán Nieto. Para Phelan, se trata del auténtico líder del movimiento que obtuvo del arzobispo las concesiones que protegieron las tradiciones tributarias del Nuevo Reino contra el ataque fiscal que provino de la modernización estatal ideada por los ministros del rey Carlos III. La figura del arzobispo Caballero y Góngora también es tema de controversia. Para Arciniegas es el pérfido calculador que anuló las capitulaciones que había jurado solemnemente respetar. Para Phelan, fue quien proporcionó a los criollos las herramientas intelectuales que les permitieron socavar los cimientos del antiguo régimen, abriendo la puerta a quienes posteriormente encabezarían la independencia nacional.

La representación maniquea que opone al “pérfido arzobispo” y a su cómplice, el “traidor Berbeo”, contra Galán el comunero y los mártires, es el centro del relato que brotará del monumento a la santandereanidad que está en ciernes. ¿Qué clase de memoria es ésta? No es una memoria crítica que condene a todos los personajes del pasado

para abrirle el paso a las acciones de la nueva generación del presente. Es más bien una memoria anticuaria que quiere preservar y venerar el mundo de los comuneros, que enseña la piedad por el martirizado Galán y que cultiva una simpatía por la explosión de un campesinado pobre que se amotinó en la plaza de un pueblo contra una injusticia estatal. La veneración por el movimiento comunero, la experiencia de sentirse tan pequeño como una hormiga, pueden infundir en la nueva generación un sentimiento de confor-

El sitio del emplazamiento del monumento: el mirador del cañón del Chicamocha llamado Ventanas, en jurisdicción del municipio de Aratoca, junto a la carretera nacional que une a Bucaramanga con El Socorro.





midad con la realidad modesta, esforzada y dura que vive el pueblo santandereano. El gusto por la tierra nativa, por los valores frugales de los comuneros libres, por la aridez del paisaje del cañón del Chicamocha, por la réplica contestataria contra las innovaciones estatales, provee una estabilidad espiritual que disuade a los más atrevidos a no desplazarse a tierras extranjeras en busca de mejores condiciones por las que habría que luchar con coraje.

La memoria anticuaría ayuda a los individuos a aferrarse a unas montañas erosionadas y de escasa fertilidad, a unos hábitos campesinos, a un ambiente social muy limitado, resistiendo en cambio la acometida de las novedades procedentes del extranjero. La fe que procura el afirmarse sobre viejas raíces, proclamando la lealtad a unas tradiciones heredadas, requiere una memoria venerante y anticuaría. Esa tradición de “explotar contra la injusticia” para participar con otros –a riesgo del martirio– en movimientos de protesta contra las innovaciones de la modernidad política y social es presentada aquí como el camino hacia la puerta de la gloria, hacia la vida eterna. Los “valores de la santandereanidad” transmitidos por este relato pueden ser incluidos en la colección de los esfuerzos que opone la resistencia social a los cambios de la modernidad.



Esta memoria anticuaría es complementada por el nuevo monumento a Nuestra Señora del Socorro, inaugurado el 3 de julio de 2005 al lado de la carretera nacio-

nal que entra al municipio del Socorro procedente de San Gil, un proyecto gestionado por la misma asociación cívica que puso en marcha el monumento anterior, ahora llamada *Comuneros en acción*. Se trata de la renovación de una antigua devoción a esta advocación mariana, protectora tradicional de los socorranos de todos los tiempos. El relato original proviene del sitio del Terán, donde el Demonio se le apareció a una campesina que lo había invocado para que se llevara a su hija desobediente. Arrepentida, la madre invocó en su auxilio a la Virgen María, quien se presentó en el acto armada de un mazo con el que redujo al diablo para luego encadenarlo a sus faldas. Esta advocación mariana, originalmente situada en la capilla de la doctrina de los indios del pueblo de Chanchón, fue adoptada por la parroquia que en su vecindad fue erigida a finales de 1683 con tal nombre.

El día de la inauguración de este nuevo monumento del Terán fue repartido entre la concurrencia un *Romance de Nuestra Señora del Socorro*, que en unos de sus versos recuerda el modo como

“en estas tierras en la Colonia
al Malo apartas, lo encadenas
y al punto salvas,
a una muchacha desobediente,
a quien cambiaste su proceder”.

Desde entonces, esta Virgen María se convirtió “en faro y guía” de la fundación de “un pueblo para la historia” que ofrendó a la Patria “gentes de gran valía y cualidades para admirar”. Los socorranos fueron definidos en este romance como “raza procerá” y ejemplo iberoamericano de lucha por la libertad:

“Altar de mártires y en la República
semillero de grandes obras,
que a la Nación agregan valor”.

La renovación de “aquella estirpe” que edificó una monumental catedral a esta advoca-

ción mariana se dirige ahora a la meta de levantar su nuevo monumento en bronce. Sólo que los gestores de nuestros días no han podido reunir los dineros necesarios para que el maestro Vallejo funda este monumento en este noble metal. Lo que hoy podemos ver no es más que la propuesta provisional: los moldes en fibra de vidrio. Han pasado ya los tiempos en que el feligresado socorrano era capaz de dirigir su ahorro colectivo hacia grandes monumentos, como el del templo mencionado que hoy preside su parque principal, o como las dos figuras de bronce que la miran desde los pedestales que acogieron la obra del maestro Óscar Rodríguez Naranjo. Esta “madre querida” ya no tiene a su disposición “aquella estirpe” que colonizó los llanos orientales y que codirigió los primeros tiempos de la República.

La idea original que puso en marcha este proyecto provino del movimiento sísmico que descabezó la escultura antigua del Terán y “liberó al Diablo”. Como éste comenzó a hacer de las suyas entre los socorranos, los *Comuneros en acción* se propusieron la erección del nuevo monumento con el propósito de encadenarlo de nuevo, es decir, de reconstruir el consenso común que se había extraviado en el seno de los socorranos nostálgicos por su “pueblito viejo”. Pero como pudo comprobar por sí mismo Leonidas Gómez, amarrar al Diablo es una empresa más difícil de lo que se cree, sobre todo cuando no se cuenta con ayuda divina. Unir para una causa a los orgullosos socorranos, desconfiados y pagados de su individualidad, es más difícil que encadenar las fuerzas del Maligno arrojado de los Cielos. Fue justamente cuando la Virgen del Socorro pudo encadenarlo cuando pudieron unirse veinte mil de ellos para marchar hasta Zipaquirá en 1781 con el fin de reclamar el desagravio contra el impuesto de la Armada de Barlovento. Dado que fue liberado por el sismo que descabezó a su ama, el Diablo ha movido todas las fuerzas disponibles para impedir que los *Comuneros en acción* se sal-



gan con la suya. El Demonio nunca descansa, y con su sabiduría antediluviana sabe bien que impidiendo la unidad de los socorranos podrá liberarse en tres años de los frágiles moldes de fibra de vidrio con que pudo volver a encadenarlo el maestro Vallejo. Pero la cadena de las nostalgias por la tierra nativa es débil, y puede romperse si no se refuerza con este propósito monumental que ha concitado la “Madre del Cielo”. Sólo las cadenas de bronce pueden amarrar bien al Maligno. Así, el desenlace de esta propuesta monumental se mantiene hasta hoy en la incertidumbre.



Otra propuesta monumental ha sido formulada recientemente por Jaime Guevara, un pintor bumangués que reside en España, quien se ha propuesto esculpir un monu-



mento colectivo a los “padres de Latinoamérica” en una escarpa del Cañón del Chicamocha. Este proyecto es un conjunto escultórico integrado por siete cabezas que serían seleccionadas de una lista en la que aparecen registrados José Antonio Galán, Túpac Amaru, el cacique Guanentá, Cristóbal Colón, Bolívar, José de San Martín, Alejandro Petión, José Martí, el Che Guevara, Eloy Alfaro, Benito Juárez y Emiliano Zapata. La dimensión de este proyecto es inmensa, si se considera que la escarpa elegida puede tener 70 metros de alto por 50 metros de ancho. Para el efecto de este proyecto, este artista constituyó la Fundación “Monumento a Latinoamérica”, la cual afirma haber adquirido ya el terreno donde sería ejecutada esta obra monumental.

Aunque este proyecto aún no parece haber comprometido funcionarios públicos ni empresarios, el sentido de este relato es el de la memoria monumental. Se trata de ejemplificar con las acciones de los hombres de acción más grandes de Latinoamérica: libertadores, descubridores y revolucionarios. La grandeza de unos hombres cuyas caras serán vistas desde la distancia, como ocurre con el monumento erigido a cuatro presidentes de los Estados Unidos (G. Washington, T. Jefferson, T. Roosevelt y A. Lincoln) en el Monte Rushmore (South Dakota), puede ser una experiencia impactante. Pero éstas fueron esculpidas en una montaña de granito, y el trabajo que realizó Gutzon Borglum tardó catorce años (1927-1941), teniendo su hijo que terminarlo. Este ejemplo podría desanimar al maestro Guevara, dado que la escarpa del cañón del Chicamocha está formada por rocas de origen sedimentario, en buena medida esquistos metamórficos, y su trabajo de esculpido podría tener grandes dificultades técnicas. Adicionalmente, los procesos erosivos, por las lluvias y el viento, son muy acelerados en este cañón, lo cual agregaría problemas relativos a la conservación del monumento proyectado.

Dado que la escarpa del cañón del Chicamocha está formada por rocas de origen sedimentario, el trabajo de esculpido podría tener grandes dificultades técnicas. Adicionalmente, los procesos erosivos, por las lluvias y el viento, son muy acelerados en este cañón, lo cual agregaría problemas relativos a la conservación del monumento proyectado.

Un conjunto escultórico integrado por siete cabezas que serían seleccionadas de una lista en la que aparecen registrados José Antonio Galán, Túpac Amaru, el cacique Guanentá, Cristóbal Colón, Bolívar, José de San Martín, Alejandro Petión, José Martí, el Che Guevara, Eloy Alfaro, Benito Juárez y Emiliano Zapata



Estos nuevos monumentos a la santandereanidad relatan, como cualquier monumento, una historia. Esa historia quiere mantenerse viva en la memoria colectiva de la sociedad que cotidianamente mira ese monumento. Pero la comunicación de ese mensaje impone unas conductas sociales. Estas memorias anticuarias que emanan de estos nuevos monumentos portan la voluntad de imponerle a la nueva generación unas conductas, unos valores y unas actitudes políticas y sociales. Pero, ¿se trata de una novedad? ¿Acaso no pretendieron lo mismo los anteriores monumentos? Procedamos a recordar algo de nuestra propia experiencia monumental acumulada.

Vistiendo levita y capa, tal como fue representado por un escultor francés, Francisco de Paula Santander se yergue, como monumento, en el parque que lleva su



El hombre que alcanzó en vida la dignidad presidencial del Estado de la Nueva Granada se recuerda en el país por haber sido uno de los fundadores del régimen republicano.

Como Moisés, la figura monumental de Santander sostiene, con su mano izquierda, la tabla de las leyes republicanas.



Agradecidos, los bumangueses recuerdan el relato sobre las acciones de los dos "padres de la patria" al visitar sus monumentos, algunas veces portando coronas de laureles.

La gesta trágica de Custodio García Rovira (1780-1816), el primer colegial de esta parroquia en el Colegio Mayor del Rosario.

nombre. Este bello objeto de noble bronce recuerda a los bumangueses un relato que termina en un deber de gratitud. La inscripción que puede leerse en su pedestal expresa este sentimiento original: "Bucaramanga, al general Francisco de Paula Santander". El hombre que alcanzó en vida la dignidad presidencial del Estado de la Nueva Granada se recuerda en el país por haber sido uno de los fundadores del régimen republicano. El otro fundador, también en un parque de su nombre, dista de éste tres cuadras en la traza urbana de Bucaramanga.

¿Qué era lo que le agradecían a este personaje los bumangueses⁵ de comienzos de 1926, cuando acompañaron al presidente Pedro Nel Ospina durante el acto oficial de inauguración de este monumento? Seguramente, el papel destacado que había jugado en la construcción de la nación colombiana. Por eso, este monumento se empareja con el del Libertador presidente. Agradecidos, los bumangueses recuerdan el relato sobre las acciones de los dos "padres de la patria" al visitar sus monumentos, algunas veces portando coronas de laureles. Aunque vecinos, entre estos dos monumentos se mantiene una jerarquía: primero en el tiempo de erección y en estatus social, el de Santander. Detrás, el monumento del Libertador, cuyo terreno para su parque fue adquirido, por donación, ese mismo año.

Por varias razones, esta jerarquía era de esperar. La más antigua proviene del ideario liberal colombiano que ha exaltado al "hombre de las leyes", defensor de la Constitución de Cúcuta contra "las escandalosas novedades" introducidas por la Carta de Bolivia, desterrado por la oposición de sus amigos a la Dictadura de 1828. La más reciente, este ilustre muerto fue quien dio su apellido al estado soberano que alguna vez tuvo jurisdicción sobre esta villa, y al departamento político-administrativo de la República de Colombia que le sucedió desde 1886. Al presidir una de las principales plazas de Bucaramanga, este monumento nos recuerda



que este municipio es la cabecera política del Departamento de Santander. Como Moisés, la figura monumental de Santander sostiene, con su mano izquierda, la tabla de las leyes republicanas.

Pero estos dos monumentos vecinos de los padres de la Patria fueron anteceditos en el tiempo y en estatus por el que nos recuerda la gesta trágica de Custodio García Rovira (1780-1816), el primer colegial de esta parroquia en el Colegio Mayor del Rosario. El grito "¡Firmes Cachirí!" que aparece en su pedestal no fue de victoria, sino el anuncio de su huida hacia las montañas del Cauca, donde finalmente fue capturado por el ejército español y enviado al cadalso. La espada baja que empuña en su mano derecha indica que es su martirio el que concita el agradecimiento de los bumangueses. El relato de "estudiante-mártir" ha puesto en primer lugar el orgullo de haber sido considerado por los cronistas locales como el primero de





Agradecidos, los bumangueses recuerdan el relato sobre las acciones de los dos “padres de la patria” al visitar sus monumentos, algunas veces portando coronas de laureles.

quienes marcharon a Santafé para ilustrarse, pero olvida su mejor servicio a la patria: haber presidido en un momento decisivo el destino del Congreso de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. La espuria representación de la “patria boba” ha pervertido el mejor de los relatos posibles. Antes que estudiante, es al mártir de la defensa militar del gobierno de la Primera República contra el ejército español. Hay que insistir en el uniforme militar que viste esta figura monumental⁶.

García Rovira, Santander, Bolívar: este fue el orden de la historia monumental en la vida parroquial de Bucaramanga hasta bien avanzado el siglo veinte⁷. En términos generales, fue una historia ejemplarizante para los hombres que condujeron las accio-

nes de mejoramiento del amoblamiento urbano del municipio, aquellos que vieron en esos tres monumentos un llamado a servir a su terruño, sin esperar más recompensa que la gratitud de sus descendientes, un lugar de honor en el templo de la historia local.

Cumplido este deber que aconseja la gratitud social, el relato monumental se desplaza hacia los párrocos beneméritos. Desde el año de 1910 se yergue en el Parque de Francisco Romero un obelisco a la memoria de éste cura que, dice el cronista, fue “hombre progresista y emprendedor”. Este monumento también nos recuerda las acciones progresistas del párroco Juan Eloy Valenzuela (1756-1834), “quien tuvo siempre el corazón en Dios y las manos en el trabajo que dignifica”. Si agregamos la pequeña placa conmemorativa a José María Estévez (1780-1834), el eclesiástico bumangués que presidió la Convención Constituyente del Estado de la Nueva Granada en 1832, y el nombre de monseñor José de Jesús Trillos, iniciador de la Sociedad del Acueducto municipal, tenemos los mejores ejemplos para ilustrar los dos atributos que los bumangueses rememoran en los relatos sobre sus pastores: emprendedores y progresistas.

El sentido de los relatos que emanan de los monumentos a los padres de la patria y a los pastores locales es el mismo: vidas ejemplares de una historia monumental que es apropiada por hombres deseosos de contribuir al progreso de la vida municipal con sus acciones altruistas. La gloria de los hombres monumentales es una inspiración para quienes quieren repetir, agradecidos, sus acciones emprendedoras en favor del progreso de la vida local y del engrandecimiento de la patria. Por su lado, los edificios que rodean estos monumentos contribuyen a definir los espacios de su monumentalidad.

Así, a las espaldas del monumento a Santander puede verse el edificio neoclásico del Club del Comercio que recuerda a los bumangueses, como gran monumento de la identidad local, quiénes han sido los tradi-

cionales mandarines de ella. Frente a la majestuosa entrada, con frecuencia pueden verse las camionetas 4x4 y los camperos de marca, rodeados de escoltas que esperan la salida de los gobernantes de turno. El relato de las “gentes del Comercio” y de la “buena sociedad” es mantenido con devoción por los cronistas de este Club, quienes desde su portal pueden ver, cruzando el parque con la mirada, el edificio de la Cámara de Comercio. A la izquierda, la Catedral de la Sagrada Familia nos muestra la dignidad obispal que alcanzó, durante la década de los años cincuenta del siglo XX, un humilde lugar de indios que en 1779 escogió la advocación de un gran obispo, San Laureano, para erigir allí una parroquia. De altares neoclásicos y con la huella del mismo pintor que hizo los murales del mencionado Club, este monumento mantiene vivo el relato del clero que siempre parece haber estado comprometido con el

Agradecidos, los bumangueses recuerdan el relato sobre las acciones de los dos “padres de la patria” al visitar sus monumentos, algunas veces portando coronas de laureles.





Agradecidos, los bumangueses recuerdan el relato sobre las acciones de los dos "padres de la patria" al visitar sus monumentos, algunas veces portando coronas de laureles.

desarrollo local. Su cúpula, de franjas de vivos colores, es uno de los hitos distintivos de esta ciudad, tal como nos lo recuerdan las serigrafías de Óscar Martínez.

El monumento de Santander mira hacia el extinguido Hotel Bucarica, hoy una de las sedes de la Universidad. Aunque los universitarios no lo saben, porque desde que llegaron al sitio han ignorado el monumento al prócer, la atenta mirada del personaje monumental mantiene el recuerdo de su decisiva acción educativa. Si en su tiempo convirtió los conventos menores de frailes en colegios provinciales, ¿por qué no habría de servir un orgulloso hostel para sede de una universidad? Los universitarios tampoco han tomado conciencia del significado de habitar un edificio monumental, pese a que han conservado en su sitio el escudo que ideó don Enrique Otero D'Costa para reforzar su relato de la historia de la localidad. Escudo y edificio, dos monumentos asociados, expresan el gran relato de la saga local a unos moradores que ya no escuchan las entusiastas esperanzas de la Generación de los Quintos Juegos Olímpicos Nacionales, la que en 1941 había



terminando también la construcción de la nueva Gobernación de Santander, del Palacio de Justicia y del Estadio Alfonso López. A su derecha, el monumento del prócer registra el proceso que convirtió la Calle del Comercio en la Calle de los Bancos. Hoy, el Banco de la República ocupa una de las esquinas del Parque. En la otra se yergue otro banco oficial. En medio de los dos, la sede de un nuevo grupo local de comerciantes, constructores y profesionales.

Rodeado de relatos de comerciantes y de curas emprendedores, con unos vecinos universitarios que todavía se sienten en cuerpo ajeno y que le dan la espalda, el relato agradecido que porta el monumento del gran hombre de las leyes es ignorado por la humanidad que se ha apoderado de su Parque. Lustrabotas, freidores de empanadas, escanciadores de avena y crispeteros, jubilados y desempleados, policías y taxistas, mendigos y gamines que se lavan en la fuente,

vendedores ambulantes de toda clase de pa-cotillas y loteros, si bien relatan en mil voces la crónica popular de una ciudad, también depauperizan la nobleza del relato local.

El conjunto monumental que rodea el monumento a Custodio García Rovira comienza con el primer templo parroquial, reformado por sus principales párrocos en todos los tiempos. Se trata del primer edificio local de importancia que fue construido en la traza parroquial originalmente hecha, a cordel, por Nicolás de Rojas. Después de presidir por más de un siglo la plaza del mercado, desde finales del siglo XIX se alza sobre el parque que alberga al mártir, quien mira hacia el Palacio de Justicia con la mano izquierda levantada en puño. Quizás no sea este gesto un producto del azar. A su derecha, el Palacio de la Gobernación de Santander y, a su izquierda, el edificio no terminado de la Alcaldía municipal. Vinculando al Palacio de Justicia que el monumento mira un poco más al fondo, respaldada por sus dos cariátides que el azar trajo de los destrozos del Bogotazo, el conjunto monumental narra la historia del engrandecimiento de la parroquia que ascendió al rango de villa en 1824, dotada de cabildo propio, y a capital temporal del Estado a finales de 1857. Como sede del tribunal superior del Distrito Judicial del Norte y actual capital del Departamento de Santander, el conjunto es el testimonio de un asentamiento humano que ascendió políticamente por sus propios esfuerzos, pese a su humilde origen.

Este relato de emprendimiento y progreso ascendente es interrumpido por un monumento anómalo. Éste permanece hoy en la esquina noroeste del Parque, en la orfandad, con el edificio de la Alcaldía como espectral fondo. Se trata del monumento a unos supuestos “fundadores de la ciudad”. Este humilde bronce ha perdido el habla frente a ese miserable telón de latas de zinc. Y es mejor que no hable, porque su relato es inverosímil para los oídos ilustrados de hoy. Un pueblo de indios no tiene fundadores,



porque su derecho se reduce a un derecho de amparo: el de unas tierras inalienables para su protección. Y este derecho fue una merced de la política proteccionista de la Monarquía hispana, pero la justicia local derivaba de unas ordenanzas del real de minas que fue

Agradecidos, los bumangueses recuerdan el relato sobre las acciones de los dos “padres de la patria”.

El conjunto monumental que rodea el monumento a Custodio García Rovira comienza con el primer templo parroquial, reformado por sus principales párrocos en todos los tiempos. Se trata del primer edificio local de importancia que fue construido en la traza parroquial originalmente hecha, a cordel, por Nicolás de Rojas.

diferenciado de la jurisdicción del cabildo de Pamplona. Pasados más de ocho decenios de la fundación del derecho de la ciudad de Pamplona, éste sí fundado en un acto de conquista militar que agregó su provincia a la Corona de Castilla, la congregación del pueblo de indios de Bucaramanga a finales de 1622 tuvo como actor principal a un oidor de la Real Audiencia de Santafé.

Pero un acto justiciero de desagravio estatal no es lo mismo que la fundación de un derecho de conquista que pudiera encarnarse en el cabildo de una ciudad. El conquistador con yelmo y lanza era por ese entonces una figura anacrónica. Y la evangelización del cura doctrinero se dirigía ya a la cuarta generación de indios nacida después de la conquista, es decir, a campesinos indígenas despojados de sus lanzas de macana que combinaban sus labranzas de pancoger con el lavado de las arenas auríferas.

Este monumento fue un despropósito en el tiempo de su erección, y por eso hoy ha enmudecido. Nadie se alegra por ello, pues los pueblos necesitan relatos fundadores, mitos que den sentido a los empeños de las nuevas generaciones. La historiografía tiene entonces esta deuda con ellas, pues el relato del *Cronicón Solariego* ya no se sostiene como acta de fundación de una supuesta ciudad. En vez de solares de hijos dalgos, heredades ficticias en esta meseta, habría que fundar la saga en las labores silenciosas y esforzadas de los aborígenes, así como de los esclavos y estancieros venidos de ultramar. Una vez que fue demolido el pueblo de indios por otro visitador, fueron los estancieros los que pusieron en marcha el comercio de las harinas y el cacao, o de las cargazonas de algodón y tabacos, y quienes enviaron sus hijos a los colegios mayores de Santafé para formar al primer grupo de ilustrados conformado por el párroco Juan Eloy Valenzuela y los abogados Eusebio García Salgar y Miguel Valenzuela.

Pero este monumento a “los fundadores” tuvo alguna vez un relato que con-

tar a quienes detienen su paso para interrogarlo. Ese relato no era monumental sino anticuario, un deseo de preservación de un patrimonio ancestral. Ese relato habla de un mísero y pequeño pueblo de indios, decrepito y anticuado, que es dignificado y venerado por la memoria histórica de los más antiguos ancestros. Este monumento habla de siglos lejanos y oscuros de un antiguo grupo aborigen que ha sido llamado “raíz gloriosa del pueblo de Santander”. A diferencia del relato monumental, que convoca las energías al emprendimiento y al progreso, el reverencial relato anticuario no se inspira en la agitada vida social del presente sino en una curiosidad por lo rancio, impotente para proponer nuevas empresas colectivas.

A diferencia de este peculiar monumento anómalo, Bucaramanga cuenta con otro monumento del antiguo régimen que



Agradecidos, los bumangueses recuerdan el relato sobre las acciones de los dos “padres de la patria” al visitar sus monumentos, algunas veces portando coronas de laureles.

cuenta un relato monumental. Se trata de José Antonio Galán, “el comunero”, cuyo cuerpo desmembrado fue originalmente declarado *monumento de infidelidad* por la voluntad del arzobispo virrey, y que durante la conmemoración centenaria de la sublevación comunera fue transformado en “chispa de la libertad nacional”. En tanto *monumento de libertad*, bajo la impronta artística de Carlos Gómez Castro, Galán el comunero fue fundido en Lima y erigido en su primer pedestal del Parque de los Niños el 12 de octubre de 1949. La antorcha que porta en su brazo derecho, el torso desnudo y el grito que lanza relatan una temprana historia de libertad contra el dominio de la Monarquía Hispánica. Estamos ante un relato monumental de un “precursor” de la independencia nacional. A este escultor también la ciudad le debe el monumento a Bolívar, inaugurado el 24 de julio del año siguiente, escoltado por la Patria que empuña una larga espada. El tranquilo reposo del Libertador en su sillón nos trasmite la imagen paternal que le corresponde en esta representación monumental.



Agradecidos, los bumangueses recuerdan el relato sobre las acciones de los dos “padres de la patria” al visitar sus monumentos, algunas veces portando coronas de laureles.

Agradecidos, los bumangueses recuerdan el relato sobre las acciones de los dos “padres de la patria” al visitar sus monumentos, algunas veces portando coronas de laureles.



36

A gruesas pinceladas, este es el antecedente de nuestra experiencia monumental en Bucaramanga, como patriótico y progresista en el relato que cuenta la memoria local, con la excepción anticuaria anotada en el caso de “los fundadores”. Aunque la generación más reciente que se está levantando ya no escucha el relato que estos monumentos mantienen, porque sus “docentes” abandonaron las filas de la historia para seguir las banderas de esa pseudociencia llamada “ciencias sociales”, ahí están. Como está en la ciudad “el caballo de Bolívar”, frente a la universidad pública por obra y gracia de la voluntad de la hermana República Bolivariana de Venezuela, una muestra de la perversión de la memoria popular cuando el relato que emana de un monumento deja de ser recordado. En vez del magnífico Bolívar ecuestre, monumento a la grandeza de un libertador que fue inaugurado el 14 de abril de 1961, el pueblo y las rutas de buses solamente recuerdan un caballo. En el caso de la ciudad de México, “el caballito” que sustituyó en la memoria popular a la estatua ecuestre de Carlos III al menos tenía un motivo patriótico. Pero, en nuestro caso, se trata de una simple perversión de la memoria.



Por definición, un monumento es un objeto dispuesto en un sitio público para convocar el recuerdo. El relato que se recuerda no solamente comunica algo a la memoria: impone una conducta a quien lo recibe. La naturaleza de la memoria transmitida por un monu-

mento puede imponer conductas apropiadas o inapropiadas. Hemos visto que las memorias que los monumentos examinados transmiten son monumentales o anticuarias, y ambas imponen conductas a los ciudadanos que las reciben. ¿Cuáles efectos tienen esas memorias en la vida social de los ciudadanos de Santander? ¿Qué significa el cultivo del sentimiento de amor por la tierra nativa, esa veneración por las reliquias de Galán el comunero, esa admiración por las vidas ejemplares de los padres de la patria, esa condena del desgraciado Berbeo?

Las graves dificultades de los monumentos empiezan cuando enmudecen, cuando ya no concitan un recuerdo. Por siglos, las pirámides de las candentes arenas de Egipto enmudecieron. Sólo con el trabajo de los arqueólogos europeos volvieron a hablar desde el siglo XIX. La biblioteca de Alejandría calló por muchos siglos, pero hoy ha vuelto a hablar. El grito *¡Firmes Cachirí!* no parece lle-

Agradecidos, los bumangueses recuerdan el relato sobre las acciones de los dos “padres de la patria” al visitar sus monumentos, algunas veces portando coronas de laureles.





var mensaje alguno a la memoria de nuestros días. Ninguna conducta es formada por la contemplación del monumento a un García Rovira vestido como militar. En su abandono y soledad, el monumento a los fundadores de Bucaramanga ha enmudecido en su escenario depauperado. Ante cientos de transeúntes que cruzan por su parque, la estatua del general Santander es ignorada. Nadie se acuerda ya de la sombra protectora de la Patria sobre la silla en la que reposa el Libertador.

Frente a nuestra actual experiencia monumental, caracterizada por la amnesia y el silencio, el conjunto escultórico a la santandereanidad se alista para hablar en su

lugar del cañón del Chicamocha. Ya muchos no quieren oír lo que intenta decirnos, atrincherados en la cueva del rencor. Algunos oídos ilustrados recelan de lo que quiere decirnos, escandalizados por la vergüenza pública que le espera al capitán general de 1781. Pero, al menos, hay que reconocer que este monumento está dispuesto a contar un relato. ¿Qué habría que hacer para que todos los monumentos volvieran a hablar? ¿Qué es lo que deberían decirnos hoy para que sus respectivos relatos sirvan a la vida? Por lo pronto, hemos de resignarnos a darle la bienvenida a la obra del maestro Vallejo. ¡Que cuente su relato contra el olvido

38



¿Qué habría que hacer para que todos los monumentos volvieran a hablar? ¿Qué es lo que deberían decirnos hoy para que sus respectivos relatos sirvan a la vida? Por lo pronto, hemos de resignarnos a darle la bienvenida a la obra del maestro Vallejo.



NOTAS

- 1 Germán ARCINIEGAS, *Los comuneros*, Bogotá, 1960.
- 2 Pablo E. CÁRDENAS ACOSTA, *–El movimiento comunal de 1781 en el Nuevo Reino de Granada–* (2 vols.), Kelly, Bogotá, 1960.
- 3 John Leddy PHELAN, *The People and the King: The Comunero Revolution in Colombia, 1781*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1978. La traducción castellana de Hernando Valencia Goelkel fue publicada en 1980 por Carlos Valencia, bajo el título de *El pueblo y el rey: la revolución comunera en Colombia, 1781*.
- 4 Cuando salió al mercado la edición castellana del libro de Phelan ya su autor había muerto. No obstante,

Arciniegas reseñó este libro en las *Lecturas Dominicales de El Tiempo* (1981) con una andanada que tituló “De Berbeo a Mr. Phelan: la estatua de papel”, en la que acusó al profesor de Wisconsin de haber escrito sus “ligerezas” bajo la influencia de la obra de Pablo E. Cárdenas Acosta, a quien calificó de “apologista de Berbeo, que acumuló torcidas diatribas para mengua de Galán, el caudillo”. En realidad, como advirtió Phelan en su prefacio, su trabajo había sido más influenciado por don Horacio Rodríguez Plata, “antiguo presidente de la Academia e hijo ilustre del Socorro, [a quien] le adeudo profunda gratitud por la liberalidad y el compañerismo con que compartió conmigo sus dilatados y profundos conocimientos de la historia de su patria”. Y la fuente que leyó fueron precisamente los 18 volúmenes de manuscritos titulados “Los Comuneros”, del Archivo Nacional, que fueron encuadernados por orden de Germán Arciniegas cuando ejercía el cargo de Ministro de Educación en la administración de Eduardo Santos.

- 5 Cuando se acercaba la conmemoración del 20 de julio de 1912, el Cabildo de Bucaramanga autorizó la compra de la plaza de Belén al párroco de la Sagrada Familia, convirtiéndola en Plaza Santander dos años después. La Asamblea Departamental de 1920 destinó los primeros fondos para la erección del monumento, que fue contratado con Raoul Vernet el 2 de agosto de 1922. Una junta integrada desde 1924 por Alfonso Silva Silva, Alejandro Galvis Galvis, Enrique Lleras, Rodolfo Azuero, Alberto Mantilla y otras personas gestionó todas las tareas de arreglo del parque y transporte del monumento desde el río Magdalena. Cfr. José del Carmen RIVERA, *Bucaramanga: parques, estatuas, símbolos*. Contraloría General de la República, Bucaramanga, 1984.

- 6 Este monumento fue fundido en Múnich por el escultor Xavier Arnold cuando comenzaba el siglo XX, por orden del gobernador Aurelio Mutis, “destinado a honrar la memoria de uno de los más prestigiosos hijos de Santander”. Fue inaugurado el 20 de enero de 1907. RIVERA, op. cit.

- 7 El primer monumento de mármol erigido en Bucaramanga fue la lápida recordatoria del doctor Miguel Valenzuela, traída de Europa en 1851 por su hijo Juan José y puesta en su tumba. Cfr. José Joaquín GARCÍA: *Crónicas de Bucaramanga*, Capítulo XVII, 1851.

Agradecidos, los bumangueses recuerdan el relato sobre las acciones de los dos “padres de la patria” al visitar sus monumentos, algunas veces portando coronas de laureles.

